

lacedemonio á su cabeza (1). Este renombre de valor debía dar la preponderancia á los Espartanos en una edad en que la fuerza era el único fundamento del poder (2).

Sin embargo, la hegemonía de Esparta (3) distaba mucho de ser tan extensa como pudiera creerse al ver los escritos de *Plutarco* y *Herodoto*. No abrazaba ni aun todo el Peloponeso (4). Argos fué vencida por los Espartanos, pero no se sometió á sus leyes; Mantinea hacia causa comun con Argos, y los Aqueos no entraron en la liga más que temporalmente. La confederacion no tenía, pues, un carácter general; era una asociacion de ciudades dorias; los Jonios no formaban parte de ella. No había nada determinado, ni sobre el objeto de la liga, ni sobre su organizacion, ni sobre los poderes de Esparta, ni sobre los derechos y los deberes de los aliados. Esparta tenía el mando durante la guerra, y presidía las deliberaciones comunes que en un tiempo de hostilidades permanentes no tenían otro objeto que emprender una guerra ó celebrar una paz. Cada uno de los confederados tenía igual voto en sus reuniones; Esparta no ejercía ninguna preponderancia; la mayoría decidía, y más de una vez se pronunció contra las pretensiones de la república dominante (5). Los miembros de la liga conservaban su independencia y su autonomía. Como el principio aristocrático reinaba en todas las ciudades, no había motivo alguno para que Esparta interviniese en su gobierno interior. Si ocurrían contestaciones entre los pueblos aliados acudían al oráculo de Delfos ó á árbitros; la asamblea general no tenía ninguna autoridad para decidir las. ¿Era esto por no poner á los confederados bajo la dependencia de Esparta, como lo dice *Müller* (6), ó es más bien que en la infancia de la ciencia política no se pensaba en crear una verdadera federacion? Esparta fijaba el contingente de tropas que debía dar cada repú-

(1) PLUTARCH., *Pelopid.*, 17; *Lycourg.*, 30.

(2) LYSIAS, ap. DIONYS. HAL., t. v, p. 523, ed. Reiske: ἡγεμόνες ὄντες τῶν Ἑλλήνων οὐκ ἀδίκως καὶ διὰ τὴν ἔμφυτον ἀρετὴν καὶ διὰ τὴν πρὸς τὸν πόλεμον ἐπιστήμην.

(3) Véase sobre la primera hegemonía de Esparta, MÜLLER, *Die Dorier*, I, 179 y sig.—HERMANN., *Griech. Staatsalthertk.* t. I, §§ 31-35.

(4) HEROD., VII, 148.—KORTÜM, *Zur Geschichte hellenischer Staatsverfassungen*, p. 37-39.

(5) IBID., v, 93.

(6) *Die Dorier*, t. I, p. 183, s.

blica; lo mismo sucedía con el tributo que no era permanente. Las cargas de los aliados no eran pesadas, pero también sus medios de acción eran limitados. La alianza se había formado espontáneamente y sin objeto determinado. Por su constitucion misma, no era propia para obrar más que en un estrecho círculo; cuando se trató de salir del Peloponeso para emprender una guerra larga y costosa, la liga fué ineficaz (1). La impotencia de Esparta se demostró cuando la invasion de los Persas puso en sus manos los destinos de la Grecia.

El mando ejercido por los Espartanos durante las guerras médicas no era un derecho inherente á su hegemonía, puesto que la liga comprendía tan sólo los pueblos del Peloponeso. Pero superiores en poder, y gozando de una gran reputacion militar, los Espartanos fueron naturalmente llamados á la direccion de los Griegos armados para la comun defensa (2). Esparta, apoyada en la confianza general, reivindicó, sin embargo, la hegemonía como un derecho que le pertenecía desde los tiempos más remotos. Gelon de Siracusa, á quien los Griegos del continente habían invitado á venir en su socorro, pidió el mando de la armada helénica; el comisionado espartano exclamó indignado: «que sería un gran motivo de dolor para Agamenon, descendiente de Pelope, el saber que los Espartanos se hubiesen dejado despojar del mando por un Gelon y por Siracusanos» (3). ¿Estuvo la conducta de los Espartanos en las guerras médicas á la altura de sus orgullosas pretensiones? Los Atenienses solos detuvieron la primera invasion de los Bárbaros. Habían enviado un heraldo á Esparta para pedir socorros. Los Lacedemonios estaban dispuestos á concederlos, pero declararon que les era imposible partir en el momento, porque una ley les prohibía ponerse en marcha ántes de la luna llena (4). Así no se debió á Esparta el que el Ática no fuese conquistada, el que la Gre-

(1) THUCYD., I, 141.

(2) IBID., I, 18.

(3) HEROD., VII, 159.

(4) HERODOTO no parece sospechar decididamente de la conducta de los Espartanos, pero les dirige la sátira más cruel añadiendo: «Mientras ellos aguardaban á la luna llena, Hippias hacia abordar los Bárbaros á Marathon» (HEROD., VI, 106, 107).—GROTE (*History of Greece*, t. IV, p. 463, s.) dice que la conducta de Esparta fué el resultado de un ciego apego á las viejas costumbres.

cia no fuese esclava de los Bárbaros, y el que no fuese detenido el desarrollo de la civilización helénica!

La segunda invasión de los Persas amenazó más directamente al Peloponeso; entonces despertaron los Espartanos, y el patriotismo de Leonidas hizo célebre para siempre su nombre. Pero la política de Esparta no respondió al heroísmo de sus guerreros. Parecía que las instituciones de Licurgo no daban á la existencia del ciudadano otro fin que la ciudad, su patria. Cuando el formidable ejército de Jerjes puso en peligro la independencia de la Grecia, Esparta y sus aliados no pensaron más que en la salvación del Peloponeso (1). En vano el genio de Temístocles indicó á los Griegos su único camino de salvación; cuando los habitantes del Peloponeso oyeron que eran forzadas las Termópilas, cuando vieron los innumerables barcos de los Persas, se apoderó de ellos el espanto y quisieron huir al centro de la Grecia. A dar crédito á *Herodoto*, el general de los Espartanos y el jefe de los Corintios no se contuvieron más que por el cebo del oro. La victoria de Artemisium no bastó para hacer aceptar á los Espartanos y á sus aliados del Peloponeso los profundos designios de Temístocles (2). Fué preciso que el grande hombre recurriese á la astucia para obligar á los Griegos á vencer en Salamina (3).

La victoria de Salamina rompió el poder marítimo de los Persas, pero un ejército formidable seguía ocupando el continente. Aquí se inaugura una nueva serie de incertidumbres y de dilaciones que denotan una incapacidad absoluta por parte de Esparta, ó el olvido de los intereses de la Grecia que ella estaba encargada de defender. Cuando Jerjes trató de separar á los Atenienses de la causa helénica, los Espartanos se apresuraron á enviarles sus comisionados. Los Atenienses respondieron al embajador de los Medos: «Mientras que el sol haga su carrera acostumbrada, no formaremos alianza con Jerjes, sino que llenos de confianza en la protección de los dioses y de los héroes que él ha despreciado, cuyos templos y estatuas ha incendiado, le combatiremos con valor.»

(1) HEROD., VIII, 40.—PLUTARCH., *Themist.*, c. 9.

(2) IBID., VIII, 4, 5, 56, 49.

(3) IBID., VIII, 74-76.—PLUTARCH., *Themist.*, 12.

Previendo que los Bárbaros, en cuanto supiesen que sus ofertas eran rechazadas (1), invadirían el Ática, invitaron á los Lacedemonios á que pusiesen cuanto antes su ejército en campaña. La previsión de los Atenienses se cumplió, pero en vano apremiaron á los Lacedemonios para que cumpliesen sus compromisos; los éforos aplazaban su respuesta de un día para otro. *Herodoto* se pregunta por qué los Lacedemonios mostraron primeramente tanto ardor en separar á los Atenienses del partido de los Persas y olvidaron tan pronto sus promesas: «Yo no puedo encontrar otra razón, dice, que ésta. Cuando el embajador de los Medos vino á Atenas, el muro que debía cerrar el istmo no estaba aún concluido; á la llegada de los comisionados atenienses el istmo estaba cerrado; creían no tener necesidad ya de sus aliados» (2). Semejante egoísmo, dice un historiador alemán, raya en traición (3).

No estaban los Espartanos á la altura del papel que fueron llamados á desempeñar en los grandes acontecimientos que decidieron de la suerte de la Grecia y del porvenir de la humanidad. No inspiraba su política ningún sentimiento generoso; su mismo egoísmo era mal calculado. La incapacidad les hizo perder la hegemonía que debían á su gloria militar. Durante la invasión, Esparta estaba en apariencia á la cabeza de los Griegos (4); en realidad el genio de Temístocles era quien dirigía los destinos de la Grecia. Atenas se apoderó de la hegemonía que se escapaba de las impotentes manos de los Espartanos. Se ha querido dar á este acto de debilidad el colorido del patriotismo y de la moderación. Pausanias, se dice, se había dejado corromper por el dinero de los Medos; temiendo la funesta influencia de las costumbres extranjeras sobre sus generales, abandonaron los Espartanos voluntariamente á los Atenienses la dirección de una guerra lejana que no entraba en los principios de la ciudad de Licurgo (5). *Plutarco* admira la grandeza de alma que los Lacedemonios demostraron en esta oca-

(1) HEROD., VIII, 140-144.—PLUTARCH., *Aristid.*, c. 10.

(2) IBID., IX, 6-9.

(3) WACHSMUTH, *Hellenische Altertumskunde*, t. I, p. 207.

(4) HEROD., VII, 157.—DIODOR., XI, 55.—MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 135 y sig.

(5) THUCYD., II, 95.—DIODOR., XI, 59.—MÜLLER, *Die Dorier*, I, 185.

sion (1). Tal vez los Espartanos quisieron aparecer desinteresados, pero su renuncia á aquella hegemonía, que con tanto vigor habían disputado en el principio de la guerra á Argos, á Atenas y á Gelon, no tuvo nada de voluntaria. En cuanto fué conocida la traición de Pausanias y los aliados se negaron á servir á sus órdenes, los Lacedemonios le destituyeron; sin embargo, tan lejos estaban de pensar en abandonar el mando que enviaron nuevos generales para reemplazarle. Los Griegos, cansados de la dureza espartana, no quisieron reconocer la autoridad de Dorcis; únicamente entonces dejaron de pretender la hegemonía los Lacedemonios (2). La recobraron bien pronto, gracias á las faltas de sus rivales; pero su incapacidad continuó siendo la misma; en el vergonzoso tratado de Antalcidas hicieron traición más abiertamente á la libertad helénica. La Grecia, lo mismo que la humanidad, deben estar satisfechas de su caída definitiva.

O. Müller dice que la confederación del Peloponeso es la única que en los mejores días de la Grecia reunió la justicia, la libertad y un poder suficiente. Acabamos de decir que, en sus relaciones con el exterior, la liga se mostró al mismo tiempo incapaz y desprovista del sentimiento de la nacionalidad helénica. Es verdad que en las relaciones de Esparta con sus aliados del Peloponeso no hubo todavía aquellas quejas sobre el abuso del poder que hicieron de su segunda hegemonía un verdadero despotismo; pero la supremacía de Esparta no era más que el bosquejo de su futura dominación. No era bastante fuerte para atraer siempre á los Griegos á sus designios; ¿cómo, pues, había de tener el pensamiento de imponerles su yugo?

§ IV. — Las guerras médicas.

Se dice que la insurrección de los Jonios y el apoyo que encontraron en Atenas fueron la causa de las guerras médicas; más bien

(1) PLUTARCH., *Aristid.*, c. 23.

(2) THUCYD., I, 92. — THIRLWALL, *Geschichte Griechenlands*, t. II, p. 384.

fué esto la ocasión. El poder creciente de los Persas amenazaba á la Europa; era inevitable una colisión entre las dos razas. Jamás ha habido una lucha más memorable; debía decidir á quién había de pertenecer el imperio del mundo, si al genio de Oriente ó al de Occidente. El Gran Rey aspiraba á la monarquía universal; contaba con subyugar á los Griegos, recorrer en seguida la Europa y hacer de la tierra entera un solo estado: «La Persia no debía tener más límites que el cielo, ni iluminar el sol países que no le perteneciesen» (1). Decían á Jerjes para excitarle á llevar sus armas á la Grecia, «que la Europa era un país muy bello, de quien únicamente el rey merecía tener la posesión» (2). ¿Tenían razón los cortesanos de Jerjes? ¿Era digno el Gran Rey de hacer la conquista del Occidente?

Hemos trazado el cuadro del imperio persa antes de las guerras médicas. El régimen despótico había producido sus frutos. La fuerza únicamente dominaba y pretendía reinar hasta en el orden moral; los Grandes Reyes se creían *dados por Dios á los Persas para ley y regla de todo lo que es bueno ó malo* (3). Con la corrupción y la decadencia del imperio el desprecio de la dignidad humana no hizo más que aumentar. Darío estaba á punto de marchar contra los Escitas, «cuando un Persa, llamado Oeobazus, cuyos tres hijos formaban parte de la expedición, le rogó le dejase uno cerca de él. Darío le respondió como á un amigo, cuya petición es moderada, que le dejaría todos. Se lisonjaba de que sus tres hijos obtendrían su licencia; pero el Rey mandó matar á todos los hijos de Oeobazus; muertos, se los dejó en aquel sitio» (4). Darío fué igualmente cruel en la guerra. Después de la toma de Babilonia hizo crucificar tres mil habitantes de los más distinguidos de la ciudad. Sus sátrapas amenazaron á los Jonios sublevados con reducirlos á esclavitud: «Sus hijos varones serán hechos eunucos, sus hijas transportadas á Bactres, y se dará su país á otros pueblos.» Estas horribles amenazas fueron ejecutadas (5). Jerjes excedió á Darío

(1) HEROD., VII, 8, 19.

(2) IBID., VII, 5.

(3) PLUTARCH., *Artaxer.*, 23.

(4) HEROD., IV, 84. — C. SENECA, *de ira*, III, 16.

(5) IBID., III, 159; VI, 9, 32, 33, 19, 20.

en crueldad. Un lidio, el hombre más rico del Asia, recibió al rey y á todo su ejército con la mayor magnificencia, y le ofreció dinero para los gastos de la guerra; pidió una gracia, y Jerjes se la concedió. Entonces Pythius le rogó que tuviese compasión de su mucha edad y que eximiese de servir en aquella guerra al mayor de sus cinco hijos. El gran Rey se indignó de que uno de sus esclavos se atreviese á hablarle así, cuando hubiera debido seguirle con todos los suyos: «Sin embargo, no queria, dice, dejarse sobrepujar en liberalidad por Pythius; le hizo gracia de la vida á él y á cuatro de sus hijos, pero le castigó con la pérdida de aquél á quien únicamente amaba; mandó que le cortasen en dos pedazos y que pusiesen una mitad á la derecha del camino por donde debia pasar el ejército, y la otra mitad á la izquierda: ejecutadas las órdenes del rey, el ejército pasó entre las dos partes del cuerpo» (1). Estas tradiciones son una viva y verdadera imágen de la crueldad asiática. El heroismo de Leonidas hubiera inspirado respeto y admiración á un enemigo generoso: Jerjes le hizo cortar la cabeza y crucificar el cadáver (2). Los Griegos habian confiado su destino al mar; no encontrando ya Espartanos que detuviesen su marcha, el rey se extendió con su inmenso ejército por la Grecia saqueando, devastando, quemando todo á su paso: Platea, Thespies, Atenas fueron entregadas á las llamas (3).

Tales eran los adversarios de los Helenos. No harémos á la patria de Homero, de Solon, de Platon, la injuria de compararla con los rudos dominadores del Asia. Aun en los campos de batalla los Griegos se mostraron superiores á sus bárbaros enemigos. Los estragos de los Persas, y sobre todo sus sacrilegios (4), autorizaban horribles represalias, segun el derecho de gentes de la antigüedad. Sin embargo, cosa notable, los Griegos fueron ménos crueles en

(1) HEROD., VII, 27, 33-40.—C. SENECA, *de ira*, III, 17.

(2) IBID., VII, 238.

(3) IBID., VIII, 32, 33, 50; IX, 13.—JUST., II, 12.—CORN. NEP., *Them.*, c. 2.

(4) Habia en la destruccion de los templos más intolerancia que barbárie. CICERON lo ha hecho ya notar: «*Nec sequor magos Persarum, quibus auctoribus Xerxes inflammasse templa Græciæ dicitur, quod parietibus includerent deos, quibus omnia deberent esse patentia ac libera, quorumque hic mundus omnis templum esset et domus*» (*De Legg.*, II, 10).

las guerras médicas que en sus guerras intestinas; diríase que el patriotismo depuró sus sentimientos y elevó sus almas. El único rasgo de crueldad que se les censura es la orden dada en la batalla de Platea por Pausanias de no dar cuartel á los enemigos; y todavía no fueron la venganza ni la barbárie las que inspiraron al general lacedemonio, sino que, viendo que el número de los Bárbaros, aún despues de su derrota, excedia al de los Griegos, temió que la piedad tuviese funestas consecuencias (1). Los Helenos excitaron á Pausanias á vengar á Leonidas, imponiendo el mismo suplicio á Mardonio; el rey de Esparta rechazó este impío consejo (2).

Jamas ha habido guerra más santa que la de los Griegos contra los Persas, y jamas ninguna victoria ha tenido consecuencias tan importantes. Los Bárbaros son rechazados al Asia; el genio griego, exaltado por los combates sostenidos por la libertad, va á desplegarse en todas direcciones (3) y á producir aquella admirable civilización que, extendida por el mundo entero por las guerras de Alejandro y de sus sucesores, dominó al pueblo rey, fué el instrumento más poderoso para el desenvolvimiento y la propagación del cristianismo, reanimó la vida intelectual de la Europa, al salir de la Edad Media, y aún hoy preside á nuestra educación. Apreciamos más especialmente la influencia de las guerras médicas sobre la unidad de la Grecia.

Cuando Darío pidió la tierra y el agua á los Helenos, la mayor parte de las repúblicas obedecieron. El terror fué todavía mayor cuando los Griegos vieron los formidables ejércitos de Jerjes. Pueden verse en *Diodoro* los nombres de los pueblos helénicos que abrazaron el partido de los Bárbaros (4); aún los que negaron la tierra y el agua al Gran Rey estaban espantados. Animosidades particulares aumentaron la división (5). En muchos de ellos el

(1) DIODOR., XI, 32.

(2) HEROD., IX, 77, 78.

(3) PLUTARCH., *Arist.*, c. 7: ὁ δῆμος ἐπὶ τῇ νόκῃ μέγα φρονῶν καὶ τῶν μεγίστων ἀξίων αὐτόν.

(4) DIODOR., XI, 3.—C. HEROD., VII, 138, 168; VIII, 73.—WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, t. I, p. 203-205.

(5) Los de Focidia abrazaron el partido de los Griegos por la única razón de que los de Tesalia se habian declarado por los Persas (HEROD., VIII, 30).

egoísmo pudo más que el bien general de la Grecia. En fin, la vanidad y el orgullo eran una fuente de divisiones más grande tal vez que el odio y el interés personal. Los Griegos enviaron embajadores á Gelon, rey de Siracusa, para invitarle á reunir sus fuerzas á las suyas contra los Persas; le manifestaron que el interés de la Sicilia se confundía con el de todos los Helenos. Gelon respondió que estaba pronto á darles un poderoso auxilio, á condición de mandar él la armada. Ya hemos referido la orgullosa contestación del Espartano Syagro. Habiendo pedido Gelon que al menos se le diese el mando de las fuerzas navales, la proposición pareció á los Atenieses irritante; declararon que ellos, el pueblo más antiguo de la Grecia, el único que jamás había cambiado de suelo, no abandonarían el mando á los Siracusanos. Gelon negó los auxilios (1).

La proximidad del peligro reconcilió á los Griegos por algún tiempo; á falta de sentimientos comunes, el odio de los Bárbaros, sobreexcitado por la lucha, fué un lazo de unión. Se reunieron en el istmo de Corinto y decretaron que todos los que voluntariamente tomasen el partido de los Persas fuesen condenados á pagar á los dioses el diezmo de sus bienes (2). Después de la batalla de Salamina, la asamblea general de los Griegos decidió unirse á los Atenieses; un juramento solemne debía garantizar su unión. Juraron no estimar nunca la vida más que la libertad; dejar subsistir las ruinas de los templos para recordar á la posteridad el furor sacrílego de los Bárbaros, legar á los hijos de sus hijos su odio contra los Persas, *odio que duraría mientras los ríos corriesen hacia el mar, mientras la tierra produjera frutos, mientras subsistiese el género humano* (3). Los Atenieses renovaron el juramento de odio eterno á los Bárbaros cuando Jerjes trató de separarlos de la liga. Permanecieron por largo tiempo fieles á este patriotismo salvaje. Temístocles hizo detener al intérprete de los embajadores que Jerjes había enviado para pedir á los Atenieses la tierra y el agua; un decreto del pueblo condenó á aquel hombre á muerte, por haberse atrevido á emplear la lengua griega para

(1) HEROD., VII, 169, 157-162.

(2) DIODOR., XI, 3.—HEROD., VII, 132.

(3) IBID., *fragm.*, IX, 10; XI, 29.

expresar las órdenes de un bárbaro (1). En un tiempo de decadencia, Demóstenes se complacía en citar este bello decreto: «Que Artimio de Zelia sea tenido por infame y por enemigo de los Atenieses y de sus aliados, él y su raza, por haber traído al Peloponeso el oro de los Persas» (2).

El odio de los Bárbaros quedó profundamente grabado en el alma de los Griegos (3); por esta oposición, más bien que por la simpatía que los unía, es por lo que se sentían una nación. Sin embargo, la lucha con los Persas había desarrollado grandes genios políticos. La Grecia puesta al borde del abismo por la falta de un lazo común entre sus pueblos, la victoria debida á una unión temporal no habían de inspirar á los Aristides y á los Temístocles el pensamiento de una asociación de los pueblos helenos? Aristides redactó la admirable respuesta que los Atenieses dieron á los embajadores de Esparta cuando Jerjes les ofreció su alianza: «No, no hay bastante oro en la tierra, no hay país bastante bello, ni bastante rico, no hay nada que pueda llevarnos á tomar el partido de los Medos para reducir á esclavitud á la Grecia.... Teniendo el cuerpo helénico la misma sangre, hablando la misma lengua, con los mismos dioses, los mismos templos, los mismos sacrificios, las mismas costumbres, los mismos usos, sería vergonzoso para los Atenieses el hacerles traición.» Aristides también fué el que hizo decretar que los sacerdotes llenasen de maldiciones á cualquiera que se propusiese entrar en negociaciones con los Medos ó abandonar la alianza de los Griegos (4). Temístocles no se contentó con excitar el odio de los Griegos contra los Bárbaros; su mayor beneficio fué, dice Plutarco, haber extinguido las guerras intestinas en la Grecia, haber reconciliado las ciudades entre sí, haberlas persuadido á que olvidasen sus enemistades particulares en presencia del enemigo común (5). ¿No había de trascender el pensamiento de Temístocles más allá del peligro presente? ¿El que había previsto tan de lejos la invasión persa y proveído á los medios de salvar la

(1) PLUTARCH., *Themist.*, 6.

(2) DEMOSTH., *Phil.*, III, § 42, p. 121; *de Falsa Locat.*, § 271, p. 428. El decreto se dictó á propuesta de Temístocles (PLUTARCH., *Themist.*, c. 6).

(3) Véase más adelante, libro VI, *Relaciones internacionales*.

(4) HEROD., VIII, 144.—PLUTARCH., *Aristid.*, 10.

(5) PLUTARCH., *Themist.*, 6.

independencia nacional, ¿no habría pensado en el porvenir y concebido la idea de constituir una Grecia unida y fuerte? Los historiadores atribuyen este proyecto á Pericles. Hizo decretar que todas las ciudades griegas, grandes y pequeñas, de la Europa y el Asia serian invitadas á enviar sus diputados á una asamblea general que se verificaria en Atenas para deliberar sobre la reconstrucción de los templos incendiados por los Bárbaros; sobre los sacrificios ofrecidos á los dioses durante las guerras con los Persas; sobre los medios de asegurar á todos la libertad y seguridad de la navegacion y de establecer la paz general. Esta proposicion, hecha en vísperas de una guerra que desgarró á todas las repúblicas durante veintiocho años, hubiera podido salvar á la Grecia. Fracasó ante la oposicion de los Lacedemonios que impidieron á las ciudades el enviar sus diputados; miraban con envidia el poder creciente de Atenas, y temian que la gran concepcion de Pericles no tuviese más objeto que el de consolidar la hegemonía de la Grecia en manos de sus rivales (1).

En vano hubieran concebido planes de unidad los hombres de genio; los Helenos eran incapaces de realizarlos. Nada lo prueba tanto como las repúblicas griegas despues de la derrota de los Persas. Apénas habian sido rechazados los Bárbaros, cuando ya estalló la disension entre Esparta y Atenas. Temístocles habia tenido que emplear la astucia para volver á levantar los muros de la ciudad heróica que habia salvado á la Grecia. Estos muros fueron destruidos en seguida en medio de los aplausos de los Helenos coaligados contra la ciudad de Minerva. El mismo siglo presenció la derrota de los Persas, la ruina de Platea y la destruccion de las fortificaciones de Atenas por mano de los Griegos.

Las guerras médicas no produjeron más que una union temporal. Sin embargo, la Grecia habia sentido la necesidad de union. La mayor parte de las ciudades se reunieron bajo el mando de Atenas para continuar la guerra contra los Persas. Atenas se aprovechó de su preponderancia para fundar su hegemonía. La unidad que los Griegos no quisieron organizar por vía de asociacion la sufrieron bajo el nombre de aliados.

(1) PLUTARCH., *Pericl.*, 17.

CAPITULO II.

ATENAS Y SU HEGEMONIA.

§ I.—Consideraciones generales sobre Atenas y su derecho de gentes.

Más de una vez se ha comparado á los Atenienses con los Franceses (1). Los paralelos establecidos entre individuos ó naciones son casi siempre forzados; sin embargo, como la mision de la humanidad es una y la prosigue á traves de los siglos por un progreso continuo, preciso es que desde los tiempos antiguos encontremos los gérmenes de los sentimientos y de las ideas que más tarde se han desarrollado. Bajo este punto de vista hay verdad en la comparacion de Atenas y de la Francia. El sentimiento, el amor de la humanidad, el espíritu cosmopolita dominan en el genio frances. En la antigüedad apénas se encuentra más que un patriotismo feroz. Unicamente los Atenienses poseian en algun modo lo que el mundo antiguo conocia de sentimientos humanos: la grandeza de su genio, elevándolos por encima de los estrechos límites de una ciudad, los hizo dignos de civilizar el mundo. Los antiguos dieron á Atenas el bello título de bienhechora del género humano (2) y le ha sido conservado.

Atenas resume en sí misma la Grecia (3). Lo que caracteriza

(1) CHATEAUBRIAND, *Ensayo sobre las revoluciones*, libro I, c. 18.

(2) PLAT., *Menex.*, 239, A. B.—DIODOR., XIII, 26.—Antígono decia que Atenas era el faro del universo (PLUTARCH., *Demetr.*, 8).

(3) Decíase que Atenas era la Grecia de la Grecia (ATHEN., *Deipnos.*, V, 12).